

Proyecto socialista y mercado

CAMILO ESCALONA

Bajo el capitalismo, el mercado es instrumento de progresiva concentración de la riqueza y, salvo que entendamos la democracia como progresiva concentración del poder, no podemos afirmar que "con todas sus imperfecciones, el mercado es como la democracia".

El dogmatismo condujo al pensamiento socialista en la "ex Unión Soviética" a la insensata y estéril pretensión de tratar de suprimir el carácter mercantil del sistema de producción, en un voluntarismo que está en la base del fracaso de la primera experiencia de construcción socialista. En efecto, creer que por causa de la socialización de los medios de producción desaparecía la contradicción entre producción y consumo, se tradujo en la ilusión de que la planificación entraba a ser el instrumento absoluto y excluyente de dirección de la economía.

Tal error, fruto en parte del afán de abolir apresuradamente las clases opresoras y de eliminar cualquier espacio que permitiera su resurgimiento y reproducción, determinó la irrupción, ramificación y vertebramiento de un extenso aparato burocrático de administración y dominación que negó los propósitos iniciales del proyecto socialista: emergió y se estructuró una nueva forma de opresión de unos hombres sobre otros hombres.

De ese modo, la aspiración de Marx de poner término a la enajenación humana, en cuanto proceso de separación del productor frente a su producto y de sometimiento del individuo a las creaciones de su propio esfuerzo en el sistema de libre circulación de mercancías, se vio defraudada. No se materializó. Por el contrario, el hombre separado de su producto prosiguió indefenso y ajeno al mismo, por cuanto su uso, goce y disfrute quedó en manos de la nueva elite en el poder. Las maravillas científicas y técnicas generadas por el trabajo humano continuaron volviéndose en contra de él mismo al no existir la sociedad autorregulada que soñó Gramsci, sino que un régimen que en su esencia prosiguió siendo antidemocrático.

Las expresiones prácticas del intento de suprimir administrativamente el mercado significaron la existencia de formas y mecanismos distorsionados del mismo, tales como: mercados ilegales y paralelos y la corrupción del aparato burocrático-administrativo de "orden y mando".

De lo anterior no se puede sacar otra conclusión que no sea el que el proceso

de construcción socialista no podrá "borrar" la existencia del mercado, sino que deberá cambiar la naturaleza de su

función social, es decir, eliminar sus regulaciones monopólicas actuales que concentran la riqueza como resultado

inevitable e históricamente comprobado de sus leyes espontáneas en regulaciones que socialicen los frutos del proceso productivo y que, en consecuencia, permitan que progresivamente termine la separación entre el productor y su producto generando una nueva relación -hasta ahora inexistente- entre propiedad individual y propiedad social.

Es por eso que no podemos aceptar -por principios- que se asocie, como equivalente en su naturaleza, el rol del mercado como realizador del proceso de producción capitalista al rol del mercado como realizador del proceso de producción socialista. Si bien es cierto, el dogmatismo de ayer intentó eliminarlo por solo deseo y decreto, el pragmatismo de hoy lo eterniza en su actual función y naturaleza. Bajo el capitalismo, el mercado es instrumento de progresiva concentración de la riqueza y, salvo que entendamos la democracia como progresiva concentración del poder, no podemos afirmar que "con todas sus imperfecciones, el mercado es como la democracia" (Carlos Ominami).

Tal punto de vista significa abandonar la historicidad propia de la ciencia política moderna para caer en un enfoque fuera de todo tiempo y lugar. De allí que sea enteramente ambigua la convocatoria a "reconocer" la economía de mercado ante la ausencia de otra alternativa. La ambigüedad, o mejor dicho contradicción, radica en la naturaleza concentradora de la riqueza por parte del mercado en el actual proceso productivo y los objetivos socialistas de justicia social. La lucha de ideas que en estas materias se desarrolla a escala universal y que cada vez más da cuenta de las desigualdades estructurales del capitalismo salvaje, se encargará de evitar que se consagre la equívoca asociación conceptual entre mercado y democracia por infundada y ahistórica.

Detrás de este debate se encierra en realidad la formulación de las bases teóricas que estimulen o desalienten el reimpulso de un proyecto de sociedad progresista que extienda la democracia a todas las esferas de la vida social y que, por tanto, sea capaz de vigorizar la idea de una sociedad solidaria y humanista que conjugue la libertad y la igualdad como un producto históricamente posible y deseable para el hombre contemporáneo.

(El autor es diputado del Partido Socialista de Chile)

